

famosas y otros son casi desconocidos, pero a todos ellos los une su interés más o menos profundo por México.

La investigación de Simmen fue casi detectivesca y de una gran paciencia. Seguramente le llevó algunos años recopilar los cuentos cortos que nos presenta. Precisamente porque los títulos no describen su contenido, hubo de leer años de revistas, anuarios y antologías de cuentos cortos. A tan ardua tarea siguió la labor de trillar. El mismo nos dice que lo presentado en este volumen no es lo único que existe en la literatura norteamericana sobre México. Lo que no explica es su criterio para seleccionar. ¿Sería porque deseaba presentar la visión norteamericana de manera cronológica, y no quiso repetir una misma generación? No, esa no es la respuesta puesto que reproduce lo de Porter, Spratling y Ferber que fue escrito en la misma época. Es más, ofrece tres cuentos cortos de Stephen Crane, dos de ellos publicados el mismo año: Quizá los reprodujo porque, a su parecer, son buenos ejemplos del choque de culturas que Simmen enfatiza mucho en su introducción a la antología.

¿Por qué, en vez de repetir los cuentos de un mismo autor, no nos ofreció más variedad? Podría haber incluido "The sunny side of Mexico" de Lincoln Steffens publicado en mayo de 1915. Son pocos los norteamericanos que han escrito tratando de hacer ver el punto de vista mexicano en cuanto a la intervención estadounidense de 1914. Su cuento, por lo tanto, sorprende y deleita. Debía no sólo estar en esta antología sino ser traducido al español, como también el resto de su obra. Fue uno de los escritores norteamericanos que más hizo por mejorar las relaciones con México en un periodo de intensa fricción.

Edward Simmen forma parte del grupo de norteamericanos que, al haber encontrado algo único en el modo de vida mexicano, lamentan la ignorancia de sus compatriotas en cuanto a la herencia y las costumbres de su país de adopción.

Agradecemos a Simmen su cariño hacia México y hacemos votos por la publicación de un segundo volumen.

Gerard Pierre-Charles (comp.), "Capital transnacional y trabajo en el Caribe", México, Plaza y Janés/IISUNAM, 1988, 282 p. (colección "Folios Universitarios").

Laura Muñoz M.

El volumen reúne nueve trabajos seleccionados por Gerard Pierre-Charles. Originalmente fueron presentados como ponencias en dos seminarios organizados por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Todos ellos giran alrededor de dos temas fundamentales de la evolución del Caribe en las últimas décadas: la penetración del capital transnacional y sus consecuencias en el desarrollo económico y sociopolítico de los países de la región, y el fenómeno de las migraciones inseparable del proceso de vinculación de las naciones caribeñas con determinadas metrópolis.

La antología reúne, en su primera parte, tres trabajos que se refieren fundamentalmente a las repercusiones económicas de la presencia de las compañías transnacionales en el Caribe.

De acuerdo con lo expresado en los trabajos recopilados podemos distinguir cuatro tipos de corporación transnacional: 1) las que explotan los recursos naturales del país receptor y llegan a controlarlos casi en su totalidad (caso de las transnacionales mineras y agrícolas); 2) las que utilizan la mano de obra abundante y barata, favorecidas por aranceles y tarifas preferenciales (plantas de ensamblaje y montaje industrial); 3) las que se dirigen a la explotación del mercado interno del país receptor (manufactureras, comerciales, servicios improductivos y bancarios y el turismo); 4) las que se dirigen a los llamados "paraísos fiscales" (p. 86).

Los autores del primer trabajo opinan que, salvo en Cuba y Guayana, la presencia de las corporaciones transnacionales es significativa por su penetración y alcance en todos los diferentes sectores y países del Caribe. Es evidente no sólo en la propiedad absoluta o mayoritaria de las filiales, también en su participación en empresas conjuntas con los gobiernos locales, en los convenios de cesión de tecnología o en otros tipos de colaboración contractual.

A través de los estudios de campo, los autores muestran el comportamiento de esas corporaciones en casi todos los sectores de la actividad económica [en la agricultura; la minería y la refinación; las manufacturas; la banca y las finanzas; el sector hotelero y otros servicios; en la producción para la exportación, y en la actividad del "sector moderno", orientada hacia los mercados nacionales (p. 27)] tendientes al incremento de las ganancias y a una competencia desfavorable para las compañías locales, a menudo, en contra de los intereses de los gobiernos locales que tienen muy poca capacidad de negociación debido al reducido tamaño de sus economías.

Los autores afirman que los países caribeños desempeñan para las compañías transnacionales las siguientes funciones: fuente de materias primas y semiprocesadas de gran importancia industrial y militar; campo propicio de inversiones para la actividad manufacturera dirigida a la sustitución de importaciones; zona de exportación manufacturera basada en la utilización de mano de obra barata; lugar propicio de inversiones para las actividades bancarias, financieras, turísticas y de servicios; y, "paraíso" fiscal y centro bancario ultramarino (p. 27). La orientación de las inversiones de las transnacionales varía en cada país. Por ejemplo, en las Bahamas predominan las bancarias y financieras; en Trinidad y Tobago, las relacionadas con la producción petrolera; en Jamaica y Surinam, las de la minería de la bauxita y el petróleo; en Dominicana y Haití, las de manufacturas, etcétera.

El análisis por país de las compañías matrices muestra que Estados Unidos es la principal sede de las transnacionales que operan en el Caribe. Siguen en importancia Inglaterra, Canadá y Holanda. De los grupos financieros norteamericanos, el Rockefeller es el de mayor presencia en el área. Por su parte Marc Herold se propone analizar en su trabajo las tendencias recientes de las inversiones mundiales de las empresas transnacionales estadounidenses señalando algunas de sus implicaciones para el área del Caribe y Centroamérica. El afirma que, durante la década de los 70, el Caribe y Centroamérica tuvieron una participación constante en las inversiones extranjeras directas estadounidenses de aproximadamente 4% (p. 57). Según Herold, hay un doble proceso en el movimiento de capital intersectorial, es decir, existe la tendencia a invertir, desde den-

tro, en las perforaciones de petróleo en las costas, en la agroindustria y en las comunicaciones por satélite; y desde fuera, en la producción de acero o de químicos.

Como ya se ha mencionado, la región caribeña se ha caracterizado por ser muy receptiva a las grandes inversiones en operaciones financieras. Surgen, sin embargo, algunas contradicciones en los otros sectores: ciertas industrias, principalmente de alimentos y productos químicos, tienen un alto desarrollo, mientras que otros sectores o ramas de operaciones periféricas se contraen, como las refinerías en Centroamérica y los fertilizantes, pescados y mariscos en otras áreas del Caribe.

Trabajos como el de Ilya Villar pretenden contribuir al debate acerca de las opciones reales que tiene el área caribeña para mejorar económica y socialmente, haciendo hincapié en los obstáculos que se presentan a las políticas económicas nacionales e incluso antimperialistas que los países caribeños han impulsado.

Inicia su análisis examinando la relación entre los intereses de las transnacionales y las materias primas estratégicas que contiene la región caribeña. Después se refiere a la bauxita y a las políticas de recuperación de ese recurso en Guyana, Jamaica y Surinam. El autor afirma que "las contradicciones presentes en los casos referidos de algunos países caribeños por el control y defensa de la explotación de sus recursos minerales estratégicos tienen que ver con los problemas del balance de poder entre el Estado nacional y las transnacionales estadounidenses en la subregión" (p. 98) y analiza las características de esos estados nacionales. Le interesa en particular resaltar los logros de las políticas de recuperación de los recursos naturales en los países citados.

Cinco trabajos constituyen la segunda parte del libro en la que el tema tratado es, como hemos dicho, el de la migración. Algunos trabajos se refieren a ella de una manera general, como fenómeno que afecta a toda la región caribeña, y otros tocan aspectos específicos: la política canadiense hacia la migración caribeña, el fenómeno migratorio haitiano en la República Dominicana, la emigración de las Antillas holandesas hacia los Países Bajos, etcétera.

Desde 1860 hasta el final de la primera Guerra Mundial, las plantaciones, la construcción de ferrocarriles y canales, la expansión de la industria azucarera en Cuba y República Dominicana, la producción petrolera en Venezuela y Trinidad, así como el acelerado crecimiento industrial en Estados Unidos, fueron las principales formas de expansión del capital que absorbieron fuerza de trabajo proveniente del Caribe y que fue repatriada al disminuir o finalizar la expansión del capital.

Durante el periodo de desarrollo económico de la posguerra, la emigración se incrementó considerablemente entre 1948 y 1964 hacia Gran Bretaña desde los países angloparlantes, así como a Estados Unidos y en menor medida a Canadá, relación que cambia hacia la década de los 70 cuando el flujo migratorio hacia este último país aumenta considerablemente.

En la década de los 70, la crisis económica y la represión política en el Caribe causó el aumento de los flujos migratorios a los centros desarrollados como Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Francia y Holanda. Para analizar esta situación, H.A. Watson "presta aten-

ción a la cambiante capacidad estructural de la economía política caribeña y a las consecuencias de la estrategia de modernización económica para la reproducción de la fuerza de trabajo, incluyendo el ejército industrial de reserva” (p. 106). El autor intenta explicar la relación entre la crisis económica y su expresión en la economía política del Caribe. Ofrece datos sobre flujos de capital, incluyendo las inversiones directas, el comercio y el papel del capital estadounidense en este proceso. Analiza el problema de la inmigración a Estados Unidos durante el periodo de depresión del ciclo capitalista de la década de los 70 y su expresión en la profunda crisis económica de esa década, así como la política de inmigración estadounidense en ese periodo.

A partir de los datos proporcionados por estos trabajos, podemos decir que las actividades de las transnacionales no han repercutido en la generación de empleos ni en el mejoramiento de los ingresos. Las llamadas “fábricas del mercado mundial”, la mayoría de ellas dedicadas a importar materias primas y bienes semiprocesados para ensamblarlos y reexportarlos, funcionan en condiciones muy atractivas para ellas: cuentan con una oferta de mano de obra muy grande lo cual les permite ofrecer salarios tan bajos que no alcanzan a cubrir las necesidades de los trabajadores. Cuentan además, en muchos casos, con la colaboración del aparato represivo del estado anfitrión, y en general, pagan poco o ningún impuesto y no tienen restricciones en cuanto a importaciones y exportaciones. Por lo que se refiere a la calidad de la mano de obra, los informes señalan la alta productividad del personal.

En los trabajos recopilados se insiste en la relación entre la internacionalización del capital y la redistribución internacional de la fuerza de trabajo, que es atraída a puntos geográficos donde puede ocuparse en actividades rentables como parte de un vasto ejército industrial de reserva.

Según Watson “estos movimientos de población parecen obedecer al siguiente patrón: cuando el desarrollo de las fuerzas productivas fue retardado por la persistencia de mano de obra barata asociada con exportaciones primarias (preindustriales) agrícolas, emigraron numerosos sectores del ejército industrial de reserva; y cuando la estructura productiva sufrió modificaciones como consecuencia del relativo avance de las fuerzas productivas en el marco de proyectos de enclave, el ejército de reserva se reprodujo en nuevas formas y una proporción significativa del mismo continuó emigrando” (p. 121).

Sin desdeñar las aportaciones de los estudios acerca de la migración que recurren a enfoques empiristas, demográficos, localistas o causales (como la no viabilidad de las islas, deseo de cambio de sus habitantes, atracción de la metrópoli en términos culturales, etc.), Gerard Pierre-Charles opina que “es preciso tener claro que, dados los rasgos histórico-estructurales de las sociedades caribeñas y el carácter de su vinculación con sus metrópolis pasadas o presentes, el fenómeno migratorio funciona como parte integrante del sistema de dominación y dependencia en que están insertas. Asimismo, es inseparable de la evolución cíclica del sistema capitalista y de los diversos subsistemas locales, tal como se han venido desarrollando en las últimas décadas” (p. 143).

Es interesante notar que, en las fases iniciales de la internacionalización del capital, éste iba acompañado de movimientos migratorios desde las metrópolis a los continentes dominados, mientras que en las etapas recientes, los movimientos demográficos van en sentido inverso, de las periferias a las metrópolis. En este proceso han intervenido las corporaciones transnacionales. En el Caribe, por ejemplo, donde el capital extranjero tiene un peso considerable en la formación del producto interno bruto, de las exportaciones y del empleo en casi todas las entidades, la magnitud de las corporaciones resulta desproporcionada en relación con las características de los países caribeños: población débil, superficie limitada y volumen reducido de producción global, provocando el desequilibrio de la economía y la sociedad e incluso, obstaculizando la soberanía de las islas. El caso de Jamaica es ilustrativo, ahí la explotación de la bauxita, la producción de alúmina y de aluminio, su comercialización y aprovechamiento son controladas por un oligopolio constituido por las cuatro sociedades más importantes del mundo dedicadas al ramo, la Alcoa, Alcan, Reynolds y Kaiser. Estas corporaciones, unidas a la Revere Oper and Brass y la Pechiney, controlan 13% del PIB de la isla y 70% de sus exportaciones y ofrecen trabajo a sólo 16 000 personas. También en Trinidad resulta desproporcionada la relación entre el dominio petrolero de la Texaco y de la Ameco y el calibre socioeconómico de la isla. Estas sociedades generan 21% del PN y 90% del valor de las exportaciones y sólo emplean a 3% de la fuerza de trabajo. Esta situación se observa en la región en todos los sectores productivos, e incluso en islas como Barbados y las Bahamas cobra aún mayor significado.

El autor afirma que las características del desarrollo económico en el Caribe han incidido negativamente en los mecanismos de ampliación y uso de la fuerza de trabajo.

Gerard Pierre-Charles considera que la misma dialéctica de la integración de los territorios caribeños al capitalismo mundial, a la división internacional del trabajo y a determinada esfera de dominación neocolonial es la que determina la modalidad en el uso de la mercancía-fuerza de trabajo y la incorporación geográfica de parte de la población antillana a la sociedad de consumo. A partir de esta propuesta explicativa caracteriza algunos de los rasgos históricos estructurales más relevantes de las formaciones sociales caribeñas: distorsión del desarrollo capitalista y de la configuración de las fuerzas productivas y dependencia estructural e institucional.

Concluye que los flujos migratorios desde el Caribe corresponden a una demanda creada y a una oferta provocada de mano de obra, ambos fenómenos susceptibles de regulación en función de los intereses del capital internacional (p. 159).

En "Política de emigración y de inmigración entre el Caribe anglófono y Canadá 1900-1979" los autores proponen que la evolución histórica de la política canadiense de inmigración está vinculada a la evolución de la inmigración proveniente del Caribe anglófono, a partir de 1900, al demostrar la relación directa entre esa política y el contexto económico global. El estudio se enfocó fundamentalmente hacia los aspectos sociodemográficos.

Los autores señalan que después de la segunda Guerra Mundial, la expansión del capitalismo monopolista en los países avanzados volvió a impulsar la demanda internacional de fuerza de trabajo,

determinada en esta etapa por dos rasgos inherentes al proceso de acumulación de capital: “la necesidad para el capital de someter a los trabajadores a la organización espacial de las unidades de producción y el desarrollo desigual entre regiones de una misma nación o entre naciones, territorios o colonias diferentes, según la concurrencia interimperialista y la estrategia de control y de participación mixta en obras para optimizar las ganancias” (p. 196).

En el caso de los haitianos que trabajan en la República Dominicana, el desarrollo desigual del sistema capitalista los obliga —según R. A. Veras— a vender su fuerza de trabajo en condiciones de esclavos. Este trabajo beneficia a las clases dominantes de ambos países y a los intereses monopolistas estadounidenses, reduciendo los costos directos e indirectos en la producción de azúcar en los ingenios estatales y privados, haciendo innecesaria la aplicación de tecnología moderna en la industria azucarera y multiplicando las ganancias de las clases dominantes dominicanas y de los intereses estadounidenses. Los haitianos realizan en condiciones infrahumanas los trabajos que los dominicanos se niegan a hacer y como inmigrantes no tienen ningún instrumento legal que los proteja.

Dentro de esta temática, el último trabajo está dedicado a la migración antillana hacia los Países Bajos a partir de 1925, marcando la relación de dependencia económica, política e ideológica de las Antillas.

La compilación de Gerard Pierre-Charles cierra con un interesante trabajo de Isabel Jaramillo acerca de las variantes intervencionistas en la cuenca del Caribe, que destaca la estrecha vinculación que para la política exterior norteamericana existe entre los criterios de “seguridad” y desarrollo económico que constituyen —según expresa la autora— el nexo de los intereses estratégicos y de seguridad con los políticos y económicos.

En suma, la lectura de este texto resulta de particular importancia para todos aquellos interesados en la problemática caribeña.

Andrés A. Ramos Mattei, “La sociedad del azúcar en Puerto Rico: 1870-1910”, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1988.

María Patricia Pensado Leglise

El último libro de Andrés A. Ramos Mattei, *La sociedad del azúcar en Puerto Rico: 1870-1910*, es una cuidadosa síntesis de sus preocupaciones académicas en el campo histórico al que dedicó sus últimos años: “los temas azucarados”, como los denominaba con gran sentido del humor. Se dedica a estudiar el fenómeno de la transición del sistema productor de hacienda azucarera (relaciones precapitalistas de producción) al de la central (relaciones capitalistas) en las diferentes zonas productoras de la isla. Señala los efectos que este cambio tiene sobre la sociedad y precisa cuáles son los elementos que permanecen y cuáles varían en ambos sistemas.

Ramos Mattei pertenece a la corriente de historiadores puertorriqueños que, desde la década pasada, trabajan la historia de su país desmitificando “las grandes interpretaciones” del proceso histórico decimonónico.